

Memoria ciudadana, femenina, en ciernes

Fernanda Núñez*

¡Grande, ilustre, inmortal Hidalgo, santo sacerdote, heroico caudillo, héroe invicto de la más noble de las causas, si desde el cielo donde habitas ves el infortunio de tus hijos, ruega por ellos para que Dios bendiga este desgraciado suelo, que regaste con tu preciosa sangre!

Felicitas Carrasco, 14 de septiembre de 1864.

En 2010, año repleto de conmemoraciones y festejos, los académicos fuimos orillados a pensar en los bicentenarios y, por lo tanto, a reflexionar en torno a la escritura de la historia nacional. Si se estaban escribiendo miles de páginas alusivas a esos eventos, para no variar, en pocas aparecían las mujeres, como tampoco se ponderaba su participación en los hechos “que nos dieron patria” y menos aún su ambigua desaparición posterior en los relatos de historia nacional. Al entrar en ese movimiento de reflexión historiográfica, y como sabemos que la construcción social y simbólica de los géneros constituye la base de toda realidad social y cultural, buscamos fuentes que pudieran reflejar la recepción que las mujeres pudieron haber tenido de los grandes cambios políticos ocurridos en ese siglo XIX.

En este artículo intentaré mostrar cómo algunas mujeres de la segunda mitad del XIX se expresaron frente a esas novedosas creaciones políticas que fueron la nación y el incipiente na-

cionalismo, lo que nos permitirá conocer un poco mejor el efecto pedagógico de ese nuevo discurso cívico, creado desde diversos frentes después de la Independencia para forjar una identidad nacional.

Cuando la historiadora Alma Dorantes me invitó a reflexionar junto con ella en torno a los autógrafos estampados en los cuadernos que se pusieron en el pueblo de Dolores, Hidalgo, cuando la casa en que vivió algún tiempo el “Padre de la Patria” fue convertida en museo, no dudé ni un instante en aceptar el reto. Como la fuente cubría la segunda parte del siglo XIX —en libretas que abarcan de 1863 a 1899—¹ pensé que podría encontrar ahí desplegados, del puño y letra de los visitantes, atisbos de una identidad nacional. Yo debía fijar mi mirada exclusivamente en los autógrafos que las mujeres habían dejado ahí plasmados, mientras que ella

* Agradezco la colaboración documental del historiador Aarón David Hernández.

¹ Las libretas originales están resguardadas en el Fondo Antiguo “Nicolás León”, de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, y hoy se conocen como Álbum de Hidalgo.

lo haría sobre los de los varones, cuyos testimonios eran muchísimo más numerosos y largos.²

Me pareció de inmediato que esa inédita y original fuente podía ser un observatorio pertinente para ver en acción las ideas que las mujeres, pertenecientes a diferentes capas sociales y provenientes de diversas partes de la República, se hacían respecto al padre de la patria, a México, a su historia, a su identidad. Pero sobre todo, me interesaba ver si ellas se sentían ya parte, y de qué manera, de esa comunidad imaginada —la nación— que se estaba construyendo, a pesar de que ésta parecía nunca haberlas tomado en cuenta como sujetos.³ Para que la nación, como construcción histórica, fuera operativa, debía construirse también en el imaginario colectivo forjando la identidad nacional, por ello creemos que este acercamiento puede enriquecer la discusión sobre la formación de los procesos de género en el momento de la construcción nacional, y ayudar a entender un poco mejor cómo esa construcción afectó o influyó en la propia historia de las mujeres en México.⁴

² Alma Dorantes, “La independencia y la patria en los albores del Porfiriato”, en Jaime Olveda (coord.), *Independencia y Revolución. Reflexiones en torno del bicentenario y centenario*, 2 vols., Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2009.

³ Es imposible no referirse a los trabajos de Benedict Anderson (*Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983) y Eric J. Hobsbawm (*Naciones y nacionalismos desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1991), quienes mostraron que la nación desempeñó un papel determinante, tanto en el plano político como en el de las mitologías colectivas, en la articulación de las sociedades humanas a partir del siglo XVIII y que terminó por convertirse en la forma hegemónica y excluyente de identidad colectiva de la modernidad y en la fuente de legitimación del poder político. La nación moderna como una nueva manera de concebir una colectividad, una forma ideal e inédita de organización social; una construcción política, pero sobre todo simbólica y cultural. Véase también François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencia*, Madrid, Mapfre, 1992.

⁴ Es aún muy escasa la producción historiográfica sobre el tema del Estado, la construcción nacional y del género en el México del siglo XIX: el libro de Elizabeth Dore y Maxine Molyneux (eds.), *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*, Durham/Londres, Duke University Press, 2000, trae un apartado acerca del siglo XIX. Francie R. Chassen-López, “Guerra, nación y género sexual: las

La invisibilidad de las mujeres en los relatos oficiales, tanto de ayer como de hoy, no debe extrañarnos, ya que tampoco aparecían en las páginas de la historia patria que comenzó a escribirse a partir de la Independencia. El relato histórico se consagró a seleccionar los hechos que consideraba ayudarían a fundamentar su legitimidad, excluyendo todo lo que pudiera impedir esa univocidad de la nación.⁵ No sólo la presencia de las mujeres introducía discordancia, sino también la de las comunidades indígenas o de los grupos populares urbanos. Sólo el pueblo de los mestizos, ese nuevo sujeto que por primera vez llama Morelos a construir, se volvió paulatinamente la fuente de legitimidad política de la nación. Es así como se eliminaron de la historia patria todos los *otros*, esos sujetos sociales cuya presencia pudiera amenazar el poder de ese nuevo sujeto político.

En la segunda mitad del siglo XIX, para ser considerada como tal, una nación debía ofrecer elementos de identidad que homologaran las diferencias sexuales, sociales, raciales, existentes entre sus miembros, por eso poco a poco los mexicanos se consideraron como una “nación mestiza”. Después de haber expulsado en un primer tiempo a los españoles-europeos, y después del triunfo de Ayutla, los criollos serán expulsados definitivamente del poder, la nueva entelequia mestiza podía desarrollarse. Hoy es muy claro que detrás de esta construcción y asunción de la ideología del mestizaje se intentaba aniquilar y silenciar políticamente a una enorme parte de la nación. Los miembros de los pueblos indios promovidos a “ciudadanos”, ofrecían un nuevo terreno para la acción del Estado, esa homogeneización ciudadana permitió

oaxaqueñas en la Guerra de los Tres Años,” en Celia del Palacio y Carlos Sánchez Silva (eds.), *México durante la guerra de Reforma Tomo II: sociedad y cultura*, Xalapa, Universidad Veracruzana (en prensa), reflexiona a su vez sobre el lazo existente entre el Estado, la guerra y la construcción genérica en tiempos de la Reforma en Oaxaca.

⁵ Tomás Pérez Vejo, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”, en *Historia Mexicana*, vol. LIII, octubre-diciembre de 2003, p. 291.

que se les quitaran sus tierras y que se nacionalizaran los bienes de la Iglesia.

De la misma manera que en la segunda mitad del siglo XIX la construcción de una ideología mestiza y la elaboración de un relato de historia nacional lineal terminó por invisibilizar a los indios y a las mujeres, los intentos de una escritura pos-nacional en México, que hoy permiten recuperar la presencia indígena, también pueden ayudar a sacar de su invisibilidad a las construcciones genéricas, pues tenemos claro que los discursos nacionalistas son eminentemente machistas y no han permitido conocer la manera en que las mujeres recibieron y se apropiaron de esa historia.

Entre la memoria y la historia

Nos pareció pertinente tratar los *Álbumes de Hidalgo* como *lieux de memoire*, ya que —como Pierre Nora señaló en su momento— vivimos hoy en un mundo que ha roto sus amarras con el pasado, y la conciencia de ese desgarramiento vuelve necesarios esos lugares de conmemoración donde se refugia la memoria. Los lugares de memoria nacen y viven del sentimiento de que no hay memoria espontánea, de que es necesario crear archivos, mantener aniversarios, organizar celebraciones, pronunciar elogios fúnebres, notariar actas, porque esas operaciones no son naturales. Sin vigilancia conmemorativa, la historia los barrería pronto. Son bastiones que defienden lo amenazado, y si la historia no se empeñara en deformarlos, transformarlos, amoldarlos y petrificarlos, no se volverían lugares para la memoria.⁶

El Museo de Hidalgo fue creado justamente para rememorar las glorias pasadas del hombre que ya para 1863 era el héroe indiscutible de los mexicanos, el “Padre de la Patria”.⁷ Los

⁶ Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1997, vol. 1, p. 29.

⁷ No podemos extendernos sobre las peripecias que sufrieron no sólo los héroes para ser reivindicados como tales, sino también las fechas a conmemorar. Desde los primeros años de la vida independiente hubo dos bandos bien defi-

álbumes debían ser testimonio de ese agradecimiento, al que había dado inicio al mito fundacional de la nación mexicana. La dedicación que el jefe político de la ciudad de Dolores, Heliodoro Aranda, estampa en la libreta en el sexagésimo aniversario de la Independencia, es clara al respecto: “la gratitud es una de las virtudes que revelan la magnanimidad del alma en un grado sublime, por eso los pueblos de todo el mundo conservan por medio de la historia y de sus monumentos, la memoria de sus grandes hombres, de ese modo enseñan a la posteridad que no fueron indiferentes a los sacrificios que por ellos hicieron sus héroes o sus mártires.”⁸

De manera más sencilla, pero igual de contundente, lo escribió en una de las libretas unos años antes, una firmante llamada Sofía Calderón: “Hidalgo, tu memoria, de México es la gloria.”⁹

El museo y los álbumes de Hidalgo

Fue el 6 de junio de 1863 cuando Benito Juárez, huyendo de la intervención francesa, decide trasladar las instituciones republicanas a San Luis Potosí, pasa por el pueblo de Dolores, visita la casa en la que vivió Hidalgo y la declara museo. Según Ireneo Paz, ese día, en la inauguración, Juárez había nombrado general de división al veterano Pedro García, quien había sido compañero de armas de Hidalgo en todas sus

nidos con su propio proyecto de nación: unos reivindicaban el inicio de la Independencia y a los primeros insurgentes (Hidalgo y Morelos), y los otros lo hacían con el fin del movimiento insurgente y la figura de Iturbide, esta pugna terminó en 1867 con el triunfo liberal; Javier Rodríguez Piña, “La disputa por una hegemonía nacionalista: el 16 o el 27 de septiembre como celebración de la fiesta nacional”, en Nicole Girón (coord.), *La construcción del discurso nacional de México, un anhelo persistente, siglos XIX y XX*, México, Instituto Mora, 2007, p. 111.

⁸ *Album de Hidalgo. Obra Monumental consagrada al recuerdo del primer caudillo de la Independencia de México* (2ª ed.), México, Tipografía de Ireneo Paz, 1883, 16 de septiembre de 1879.

⁹ *Ibidem*, 17 de septiembre de 1870.



campanas, invistiéndolo con la banda alusiva, volviendo tan emotivo el suceso que “arrancó lágrimas de enternecimiento a los circunstantes”.¹⁰

Este suceso lacrimógeno que nos interpela, como muchos de los autógrafos lo plasman, hace patente la distancia que nos separa de aquellos mexicanos, que lloraban o decían llorar, con el solo recuerdo de ese gran padre al que algunas firmantes asemejaron a Jesucristo, como lo escribió Medarda Pastor: “Bendito seas, esclarecido campeón, héroe el más grande de mi pobre patria: que la posteridad venere tu nombre como el que hoy a su paso por esta te saluda al visitar tu umilde (*sic*) casa.”¹¹

La primera mujer que estampa su firma en el cuaderno de visitas, después de las de todo el gabinete que acompañaba a su esposo, será Margarita Maza de Juárez. También firman ahí algunos de sus hijos: Felicitas Juárez, Margarita Juárez, Manuela Juárez de Santacilia, Soledad Juárez y Benito Juárez y Maza, que iban acompañados de Josefa y Tomasa Terán, así como de Paz Arteaga. El ver ahí su nombre nos hace recordar de inmediato la valiente historia de Margarita, tan llena de vicisitudes, y lo fundamental que fue en la vida de Juárez, como él mismo dejó testimonio en su diario.¹² Tal vez su vida, entregada a ser madre y esposa de un connotado liberal, en tiempos de continuas luchas fratricidas, pueda iluminar la de otras mujeres de su misma época, que al no haber sido esposas de presidentes no dejaron rastros para la posteridad.

Se había casado en 1843, cuando tenía 17 años y Juárez 37; en veinte años de casada había parido 11 hijos y perdido a dos de pequeña edad, y todavía daría a luz a su doceavo hijo, Antonio, en la ciudad de Monterrey, en junio de 1864. El mismo año de la firma en el álbum, 1863, su hija Manuela se casó a los 19 años con el secretario particular del presidente, Pedro

Santacilia, quien también fue siete veces diputado al Congreso mexicano.

En esas mismas fechas, Margarita podía preciarse de haber vivido ya muchos altibajos, había pasado de ser la esposa del gobernador de Oaxaca a la zozobra de la persecución política, embarazada y con hijos pequeños. Se había visto orillada a trabajar, e incluso a enviarle dinero a su esposo cuando se refugió en Nueva Orleans. De ser la primera dama de la nación, a deambular por la República siempre embarazada, le faltaba aún la experiencia de un durísimo exilio en los Estados Unidos, en donde vería morir, seguramente de frío y mala nutrición, a dos de sus adorados hijos varones. La correspondencia entre ambos esposos durante ese duro trance permite ver el inmenso amor y el compañerismo que los unió siempre, así como los atinados consejos de una inteligente mujer convencida de la importante misión que les tocó vivir.¹³

Al año siguiente, Maximiliano y su séquito pasaron también por Dolores y fue él quien decretó que las libretas de autógrafos se empastaran y se llevaran celosamente por el vigilante del museo. En 1875, Ireneo Paz decide editar esas primeras libretas en un solo volumen, pero no sabemos a ciencia cierta si en ese movimiento eliminó firmantes, pues en el prólogo que escribe a la que nombra *Obra Monumental* consagrada “a la figura de uno de los héroes más grandes de la humanidad” para “que la sangre derramada por tantos héroes mexicanos para hacernos libres, fructifique en nuestros corazones haciéndonos verdaderos republicanos”, afirma que “es una interesante colección de máximas e ideas elevadas, de los hombres más notables de la República, y aún de algunos extranjeros, enriquecidos con lo más selecto que pudiera decirse en loor del héroe”. Olvidándose de mencionar a las muchas mujeres y a tantos hombres “del pueblo” o, como algunos firmaron, “hijos del pueblo mexicano que tuvieron la honra de visitar [...]”, pues en tiempos de Ireneo Paz la historia sólo debía recordar los sucesos “importantes” y a los hombres notables ligados a ellos.

¹⁰ *Ibidem*, “Introducción”, p. V.

¹¹ *Ibidem*, 29 de diciembre de 1864.

¹² Alicia Aguilar Castro, *Margarita Eustaquia Maza Parada. Primera dama de la República mexicana*, México, DEMAC, 2006, p. 54.

¹³ *Idem*.

Pocos meses después, un periódico veracruzano¹⁴ le hace publicidad a esa “obra verdaderamente fundamental”, y años más tarde, en 1883, se reedita de nuevo en la tipografía de Ireneo Paz, dándonos a entender que dicho libro se había vuelto ya algo importante para el imaginario nacionalista que se estaba desplegando, ya era un *lieux de memoire*.

Construyendo la identidad

Para 1863, el imaginario patriótico colectivo ya había sido muy aleccionado. La reciente historiografía consagrada a ello¹⁵ da testimonio de cómo ese imaginario “nacional” se había nutrido desde muchos registros, que no pasaban aún por la escuela.¹⁶ Una valiosa fuente forjadora de conciencia nacional fueron los discursos cívicos que se pronunciaban en las fiestas del 15 y del 16 de septiembre, eventos que comenzaron a organizarse a partir de 1824 y que se fueron generalizando a lo largo y ancho de la nación por las llamadas Juntas Patrióticas. También se mandaron fabricar, con ese mismo fin de ensalzar la gloria de la independencia, monumentos, alegorías femeninas que representaban a la patria, y una serie de grabados, pinturas, estampas, me-

dallas alusivos a los héroes o a escenas históricas memorables, sin olvidar, por supuesto, los mucho más populares calendarios que simbolizaban a la nación, así como las primeras revistas literarias, la prensa y los primeros libros de historia, que tuvieron amplia circulación. También recordemos la importancia de las obras musicales y teatrales como vehículos de divulgación de elementos que constituirían la identidad nacional, sin hablar de las conmemoraciones y las fiestas cívicas, en donde siempre había largos discursos alusivos, todo lo cual fue educando esa sensibilidad y dotando de un lenguaje común para la edificación de esa identidad nacional.¹⁷

Para entonces, también las propias mujeres habían sido particularmente “adiestradas”, como pudimos ver en sus vehementes declaraciones consignadas en los álbumes. Al parecer, ya practicaban asiduamente la lectura de las publicaciones periódicas que se escribieron con la pretensión de capturarlas como público lector desde la tercera década del siglo XIX. A partir de la década de 1870 algunas mujeres se vuelven escritoras, y otras incluso creadoras de medios impresos, aunque no será sino hasta entrado el Porfiriato cuando el porcentaje general de mujeres alfabetizadas aumente considerablemente.¹⁸

Es importante señalar que aunque no haya muchos estudios que lo cifren, desde antes de la época que aquí nos ocupa muchas mujeres sabían leer, e incluso firmaban, aunque no escribieran. Ya que “durante el siglo XIX la enseñanza de la lectura y la escritura eran

¹⁴ *El Correo del Sotavento*, Tlacotalpan, Veracruz, sección de anuncios, 18 de abril de 1875. La obra costaba en México 10 reales y en provincia 12.

¹⁵ François-Xavier Guerra, *op. cit.*; Nicole Girón, *op. cit.*; Enrique Plasencia de la Parra, *Independencia y nacionalismo a la luz del discurso conmemorativo (1825-1867)*, México, Conaculta, 1991; Carlos Herrejón Peredo, *Del sermón al discurso cívico. México, 1760-1834*, México, El Colegio de Michoacán/El Colegio de México, 2003; Verónica Zárate Toscano, “El lenguaje de la memoria a través de los monumentos históricos en la ciudad de México, siglo XIX”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, en línea [http://nuevomundo.revues.org/214] Materiales de Seminarios, 2001.

¹⁶ A pesar de que la educación fue vista como fundamental, la clave para la creación de esa nación moderna compuesta por ciudadanos mexicanos, durante gran parte del siglo XIX fue un álgido tema de controversia y de buenos propósitos que tardaron mucho en ponerse en práctica. Josefina Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970, dice que en ese siglo la educación redujo a la promulgación y derogación de leyes.

¹⁷ Carlos Herrejón, *op. cit.*, p. 285, muestra la fuerza oratoria que tuvieron los sermones insurgentes —aunque se conozcan pocos— que glorificaron desde el inicio de la gesta a los primeros héroes y señalaron esos principios como los fundamentos del nuevo país, como la base del nacionalismo y el arranque de una nueva tradición, con tonos románticos. A estos sermones religiosos les seguiría el discurso cívico conmemorativo, que guardaría muchos de los elementos discursivos y retóricos de aquéllos.

¹⁸ En 1895, 32.35% de las mujeres sabían leer y escribir en la ciudad de México; Milada Bazant, *Historia de la educación durante el Porfiriato*, México, El Colegio de México, 1999, pp. 88-109. Ese porcentaje nos permite deducir que si un tercio de las mujeres sabía leer y escribir, en realidad casi 50% de ellas sabía leer.

actividades no necesariamente asociadas, prácticas como la lectura en voz alta o la memorización de textos religiosos y poesía fueron, en muchos casos una herramienta de acceso a la lectura para las mujeres.”¹⁹

Al mismo tiempo, las mujeres se introdujeron en el universo de la palabra escrita y de la realidad de su época, en las tertulias, a través de la prensa, de las novelas y la poesía de tipo romántico que se publicaban en ella, aunque también las demás secciones de los diarios como las de los consejos de higiene, de moda, y hasta pasajes de la historia universal y nacional ayudaron a formar el espectro de su cultura.

No pretendió otra cosa que despertar los sentimientos patrióticos de los ciudadanos Carlos Ma. de Bustamante en su obra de historia intitulada *Mañanas de la Alameda, para facilitar a las señoritas el estudio de su país*, y para ello escogió una forma dialogada a medio camino entre el modelo de los catecismos y el de los diálogos socráticos.²⁰ En México, al igual que en España, aunque un poco más tardíamente, también comenzaron a publicarse catecismos políticos o cartillas, para la enseñanza de la historia y para fomentar la lealtad patriótica.²¹

Sin olvidar la fuerza emotiva de los sermones que domingo a domingo se escuchaban en el púlpito y hacían referencia a sucesos históricos que después se comentaban. Carlos Herrejón

¹⁹ Lucrecia Infante Vargas, “De lectoras y redactoras. Las publicaciones femeninas en México durante el siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (coords.), *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, 2005, p. 185.

²⁰ Guy Rozat, *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional*, México, UIA, 2001.

²¹ La primera cartilla que apareció en México fue la de José Gómez de la Cortina en 1841, *Cartilla historial o método para estudiar la historia*, para aleccionar al ejército, texto que sería adoptado por la compañía Lancasteriana. Tiempo después apareció la de Epitacio de los Ríos, *Compendio de la historia de México, desde antes de la Conquista hasta los tiempos presentes* (1852), y al año siguiente el gobierno adoptó un himno nacional. Sin embargo, los principales textos de historia patria aparecieron después de la década de 1860; Josefina Zoraida Vázquez, “Los libros de texto de historia decimonónica”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (coords.), *op. cit.*, vol. II, pp. 282-283.

ha mostrado cómo, después de la Independencia, los primeros discursos cívicos, copiando muchas de las técnicas de los sermones católicos, pretendían despertar en el público una emoción capaz de refrendar el empeño de entregar la vida por la salvación de la patria. La casa de Hidalgo pasó a ser, naturalmente, un “lugar sagrado”, un “santuario”, un “templo”, al cual podían concurrir los individuos para venerar a ese gran hombre y recordar la gesta insurgente.²² Los autógrafos demuestran que también las mujeres toman prestados y se apropian vocablos del lenguaje religioso para exteriorizar sus sentimientos patrios: “¡Oh, inmortal Hidalgo! Dios te escogió para sacarnos del yugo eterno en que debíamos estar por la ocasión, por tanto Dios te bendiga!”²³

Carlos Ma. de Bustamante nos da un magnífico ejemplo de cómo fue calando ese nuevo sentimiento patriótico en los recién independizados mexicanos. Relata que cuando se trasladaron los restos de los héroes a la catedral de México, el 16 de septiembre de 1823, después de la misa, le siguió un sermón de 69 minutos que predicó el doctor Arganar, quien había participado heroicamente en la guerra, por lo que, según Bustamante, supo “pintar de un modo muy elocuente los trabajos de los héroes, se le oyó con placer y se derramaron muchas lágrimas [...]”. Plasencia añade que las pasiones estaban tan desatadas, que después de la representación de esa gesta heroica “el pueblo intentó violar el sepulcro de Hernán Cortés en la iglesia del Hospital de Jesús, para agraviar la figura que representaba la presencia de los peninsulares y los males que había padecido el país durante 300 años.”²⁴

Los álbumes reflejan muy bien esas influencias retóricas, lacrimosas y románticas. Así como el trabajo realizado por esa pedagogía cívica, como lo explica Clotilde M. De Muñoz, en 1872: “Desde muy niña oí tu nombre glorioso. Emociones paternas y patrióticas siento por tu memoria bendita.”

²² Alma Dorantes, *op. cit.*, p. 132.

²³ 27 de agosto de 1871, Luz Jara, Antonia Villegas.

²⁴ Enrique Plasencia de la Parra, *op. cit.*, p. 21.



En comparación con los varones que escribían mucho, más ampliamente, con temas más “patrióticos” y comentando los sucesos del momento; la mayoría de las mujeres visitantes del museo sólo añadían su nombre al pensamiento de sus maridos, o únicamente firmaron, o ponían alguna frase corta: “Sombra venerada de Hidalgo, yo te saludo”, firmada por Soledad Robledo de Carrasco, o “Una señora que siempre reza por el ilustre Hidalgo”, por Cenovia Ramírez, alguna que otra declaraba su lugar de origen: “Tuve el gusto de visitar la casa del señor cura Hidalgo”, Agustina del Bosque de Pereira (de Saltillo).

Otras escribieron poemitas cortos haciendo alusión a la importancia para el futuro, de recordar, de guardar en la memoria colectiva la valentía de los héroes y la historia pasada, como el de Concepción Orozco: “Caudillo de mi patria, en mi memoria, siempre conservaré tu digna historia”. O como el de Ignacia Hernández en el mismo sentido: “Del grande Hidalgo guardará la historia hasta el fin de los siglos la memoria.”

Si la gran mayoría de mujeres firmantes sólo agregaba su firma a la de sus maridos o acompañantes, también debemos agregar que muchos maridos añadían la frase “por mi mujer y mis hijas”, y otros incluso rotulaban “por mi madre”.

Ahora hablaremos de las que escribieron un poco más extensamente, lo cual nos permite ver su postura frente a los sucesos históricos vividos.

El álbum editado por Irineo Paz, 1863-1874

Este álbum comienza el 6 de junio de 1863 y llega hasta el 16 de septiembre de 1874. Sus primeras hojas aún nos permiten palpar una cercanía temporal con la Independencia, una memoria viva portada por las memorias particulares de los últimos protagonistas del movimiento o su descendencia, como afirma Manuel Aguirre cuando firma: “Por mi mujer, hija de un surgente (*sic*) que acompañó al Sr. Hidalgo, y por mi hija, la primera, Manuela de Reno.” Hubo va-

rios firmantes que dicen haber acompañado a Hidalgo en su gesta heroica.

Pero también nos permite pensar que el solo hecho de visitar ese museo y de escribir en la libreta, como práctica memorial, representó para muchos la afirmación de una toma de posición política respecto al Imperio y a esa nueva guerra de independencia impuesta por la invasión francesa. Eran tiempos difíciles, las familias como la de Juárez y su gabinete, viajaban, se exiliaban, cambiaban de domicilio, el autógrafo de Piedad Álvarez nos revela esa angustiante condición: “En las molestias de la emigración hemos disfrutado del grato placer de visitar el hogar doméstico del primer héroe de la Independencia”, también lo firma su marido o padre, Luis Álvarez.

Por ello, el grueso de firmantes lo componen hombres, la gran mayoría consagrados a la guerra. Con Juárez iba su gabinete, magistrados de las diferentes cortes, tenedores de libros, ingenieros, estudiantes de medicina, pero más que nada las firmas nos hablan de oficiales de diferentes batallones y soldados de diversas guarniciones del ejército liberal. Aunque uno firmó como un “ciudadano libre” y otro como “herido en la guerra del 47”, y por supuesto muchos no declararon su oficio.

Los firmantes se declaran abierta y claramente liberales en contra del Imperio y muchísimos se dicen dispuestos a derramar su sangre defendiendo a la patria, algunos juran “primero morir que reconocer al Imperio en la República mexicana”, otros “jamás abandonaré mi bandera mexicana”, o como escribió el capitán Leocadio Palomino, comandante del batallón, hablando por todos: “los que suscribimos protestamos ante la memoria del héroe de nuestra Independencia, derramar la última gota de nuestra sangre en defensa de la patria amenazada por los franceses”. Muchos se autodefinen como patriotas y esperan, como escribe Alberto Gutiérrez, “maldición y muerte a los traidores”.

Por ello no sorprende que las mujeres que escriben en ese mismo lapso lo hagan con similar mismo cariz. Algunas añaden sus nombres a lo escrito por los hombres con quienes iban: “Los que suscribimos al pasar por esta ciudad heroica,

protestamos ante la memoria del héroe de nuestra independencia derramar la última gota de nuestra sangre en defensa de nuestra patria amenazada por los franceses”, A. Especial y Blanca, Antonia S. de Corral.²⁵ Lauro González reconoce los sacrificios maternos y ve en ellos una inspiración, “Por mi querida madre, ah! La que en su avanzada edad se sacrifica gustosa para dar mayor valor a sus hijos en defensa de la independencia, lo hará de corazón su pobre hijo.”²⁶ Ángela Tovar de Salazar declara, muy valiente: “Hoy he tenido el honor de visitar la casa de nuestro primer héroe de la independencia, juro desconocer el imperio y en compañía de mi esposo, hacer las travesías que fueren necesarias para reunirnos con nuestro ejército mexicano y para que conste firmo”, al que se añaden las firmas de otras mujeres que iban con ella.²⁷ O aquel grupo de mujeres que escriben un pequeño poema: “¡Viva la libertad, viva la independencia, viva el primer héroe de la independencia! Sal de la tumba y mira los horrores que ha sufrido la patria en su orfandad y recuerda ese grito que en Dolores diste Hidalgo, de Patria y Libertad”.²⁸ Haciendo alusión al momento, “mengua a los verdugos del ilustre mártir”, escribe Rosa Medina el 15 de septiembre de 1864. Varias mujeres dicen rezar por Hidalgo; otras, piden específicamente por el cura que fue Hidalgo: “Gloria eterna a nuestro párroco”. Alguna que otra firma como “La más humilde de tus hijas”, pero muchas otras lo ven como las mujeres de la familia Villagrana: ¡Loor eterno al amoroso padre de la patria!, pues se ven como hijas de ese bondadoso y anciano padre que se sacrificó por la libertad.

Por supuesto que también hubo claros adeptos al régimen imperial entre muchos mexicanos, sobre todo los que formaron parte del séquito de Maximiliano y firmaron cuando visitaron el museo. El imperio generó muchas expectativas y gente de todo tipo le hizo llegar

demostraciones de esperanza, pueblos y comunidades le mandaron cartas de adhesión y en el álbum podemos leer autógrafos a favor de Maximiliano.²⁹ Así, una mujer imperialista escribe: “Suscribo a mis pequeños hijos súbditos de sus majestades imperiales y a nombre de ellos firmo. A quienes enseñaré el amor y gratitud con que deben ver al que ha dejado su patria por salvar a la que estaba sin esperanzas de ser feliz”, firma la señora Garibay, el 16 de septiembre de 1864.

Una vez vencido el imperio de Maximiliano por las fuerzas nacionales capitaneadas por Juárez, Bárbara Rivera y Concepción Urquide comparan a ambos libertadores: “Loor eterno a los héroes grandes de la independencia, Hidalgo y Benito Juárez”,³⁰ haciendo un claro vínculo con su actualidad política. Recordemos que en julio de 1867 Juárez había entrado triunfalmente a la ciudad de México, declarando “México acaba de conquistar su segunda Independencia”, restableciendo así el orden republicano y suscitando sentimientos de orgullo nacional y amor a la patria que otras mujeres, como los héroes, juran también defender a toda costa. Soledad Ríos escribe “Un recuerdo al héroe que nos hizo libres.” Luz Ruiz de Romo promete “¡Loor eterno y gloria nacional al inmortal Hidalgo! Que como Jesucristo, se sacrificó por la libertad de México. Juro en esta casa sagrada defender todos los días de mi vida la independencia, aunque sea necesario derramar toda mi sangre.” Por otro lado, muchas firmantes, reflejando su papel de madres firman por sus hijitos pequeños, los futuros soldados de los que hablaba el himno nacional, o dejan plasmados “sus más tiernos recuerdos al primer hombre que en México levantó el grito de independencia”. También nos encontramos a niñas que firman “a pesar de mi corta edad”, o como Andrea Gómez, “Corta soy de edad pero de alma grande.”

²⁵ 29 de octubre de 1863.

²⁶ 5 de noviembre de 1863.

²⁷ 13 de septiembre de 1863.

²⁸ 14 de noviembre de 1863.

²⁹ Claudia Ceja Andrade, *Al amparo del Imperio. Ideas y creencias sobre la justicia y el buen gobierno durante el Segundo Imperio Mexicano*, México, UACJ, 2007.

³⁰ 4 de julio de 1867.

El 25 de febrero de 1871, encontramos el autógrafo de la nieta de Aldama: “Con bastante placer firma el Álbum del gran Hidalgo la nieta de Aldama.” Pero lo más relevante es que a partir de ese decenio podemos constatar lo que habíamos dicho más arriba: las mujeres escriben un poco más, algunas improvisan sentidos poemas, como el que firma Eulalia Domenzair el 22 de septiembre de 1870:

*Tú, que de nuestro México, Hidalgo eres la gloria,
Tú, que para darnos patria sufriste mil tormentos,
Recibe ¡oh noble anciano! Los pobres pensamientos
Que una hija de Dolores consagra a tu memoria.*

Josefa Santelices escribe, a su vez, el 18 de mayo: “Tú que arrostraste todos los peligros por darle libertad al mexicano, eterno vivirás en mi memoria ¡Invicto héroe! Inmortal anciano”. Más mujeres afirman con convicción su mexicanidad: “A tu memoria y como mexicana, tengo el honor de inscribir mi nombre”, o “[...] quien se gloria de este su país natal”, y muchas que subrayan su pertenencia provincial: “una potosina”, “una hija de esta tierra.” Manuela Hernández de Muñoz escribe pensando en el pueblo, el 12 noviembre de 1870: “Todo mexicano debe respetar la memoria del inmortal héroe de la patria.”

Podemos apreciar que los y las firmantes se ponen a leer lo que otros han escrito, algunos incluso comentan lo dicho anteriormente; así, el 18 de septiembre de 1871 Guadalupe R. de Prado se siente cohibida y se pregunta:

¡Qué podré decir yo delante de tantos pensamientos escogidos y estampados en este respetable libro! Me contentaré con venerar tu nombre, héroe sublime, inmortal Hidalgo y con desear que los mexicanos imitemos siempre el gran modelo que nos dejaste sacrificándote por la patria que te debió su independencia y libertad. Quien se gloria a éste su país natal [...].

Alguna recuerda un triste pasado colonial de opresión y servidumbre, e Hidalgo se vuelve una figura doliente: “Por libertarnos de hispánicas cadenas, sufriste ¡oh! Hidalgo muy tristes penas”.³¹ Por ello muchas suscriben lo que Carmen Durán: “veneremos al menos su memoria, nos dio la libertad, nos dio la gloria.”³² Otras le escriben como si fuera Jesucristo: “Héroe inmortal, yo te saludo con inefable gozo. Hermanos, dad gracias a nuestro segundo redentor”, como rotuló Rosa C. de Mancilla el 13 de octubre de 1871. Pensaban, como María U. de Osuna: “Merecida es la gloria, al que por su patria dio la vida.”³³

Como si él pudiera calmar las pasiones políticas desatadas por las ambiciones personales en el campo liberal, como las luchas sangrientas del presidente Lerdo contra el general Díaz, escribían: “Padre de nuestra Independencia, no permitas más sangre entre tus hijos”. Isabel Robles incluso titula su poema: *Al inmortal y nunca olvidado Miguel Hidalgo y Costilla*.

*¿Dónde te hallas Hidalgo grande hombre?
¿Dónde estás que tus hijos te llaman?
Y tu nombre por siempre lo claman
Pues nos diste tú la libertad
¡Pero en vano tus hijos te llaman!
Pues moriste por independernos
¡Ay! Hidalgo lloras al vernos
Sumergidos en la esclavitud*

Carmen Ortega, el 12 de enero de 1874 deja un pequeño himno:

*Alza Hidalgo tus sienes divinas,
Que tus hijos por siempre te llaman
Y en tu nombre por siempre proclaman:
¡Libertad, libertad... o morir!*

El segundo álbum, cubre el periodo 1877-1879, es decir que se inaugura con la llegada al poder de Porfirio Díaz, y nos permite ver la

³¹ 16 de enero de 1872, Dolores Fernández.

³² 13 de mayo de 1873.

³³ 13 de julio de 1872.



identificación que algunas mujeres ya hacían de su importante papel como educadoras:

*Enseñar a mis hijos sabré
Noble ejemplo que tú has dado.*

Palpamos a las mujeres en este periodo mucho más a gusto con la escritura, más sueltas:

*Hoy que por dicha mía pude conocerte
mi alma se inflama de placer al verte
y aunque pobre y humilde mejicana
te doy mi gratitud asta la muerte
pues tu valor y amor así a nosotros
mejoró para siempre nuestra suerte.³⁴*

Un poema signado por Refugio A. de Valcárcel de más de una cuartilla, del que sólo rescataremos un verso para ejemplificar el conocimiento que la autora tenía de su historia patria, su adhesión a ella y su orgullo por ser mexicana como Hidalgo. Lo intituló *La Patria es el Anáhuac*:

*Intrépido y amante descendiendo
Tu amada patria de mi patria hiciste
Y despreciable polvo redujiste
La orgullosa opresión del español.
Que su necia y ridícula torpeza
Esclavizar quisiera al mejicano,
Imbécil ignorando el rudo hispano
Que Anáhuac para esclava no nació.³⁵*

Sin embargo, el poema no hace ninguna alusión al pasado prehispánico de ese Anáhuac, ni por supuesto a la población indígena del momento, y hace comenzar la historia patria con el grito de independencia, ya para entonces el mito fundacional de la nación está bien arraigado entre todos. Otras siguen firmando como sus “humildes hijas”, o “humildes mejicanas”,

también vemos firmantes afirmar que “La memoria de Hidalgo y la independencia que nos dejó a los hijos de México, son la gloria y el orgullo de los que felizmente nacimos en él.”³⁶ Podemos ver que esa idea de orgullo por ser mexicano, que fue la preocupación de buena parte de la intelectualidad mexicana y a la que se abocaron con pasión esos creadores de cuadros de costumbres nacionales, de expresiones, de paisajes, de comida; en fin, de todo lo que podríamos llamar mexicano, como escribía Payno en *El fistol del diablo*, tuvo también eco entre las mujeres.

El Programa que la Junta Patriótica de Dolores elabora para conmemorar los 15 y 16 de septiembre, y que inaugura el tercer álbum (1879-1899), es claro al respecto, dice en su artículo 8: “se suplica a los vecinos que sientan correr por sus venas sangre mexicana, que como una muestra de gratitud a los héroes que nos dieron patria, adornen el frente de sus casas los días 15 y 16, iluminándolas por las noches”.³⁷ En este último álbum siguen los poemitas patrióticos, como el que hace referencia al águila mexicana orgullosa desplegando sus alas sobre el mundo. Y a otro que pone en guardia a las naciones extranjeras, porque “Ante tu imagen mi corazón se estremece y se arde en un amor patrio. Hidalgo, sepan las naciones extranjeras que aquí se albergó el más humilde de los párrocos y el más grande de los genios. Hidalgo para mí tu memoria es imperecedera”.³⁸ Las mujeres de una familia firman: “Nosotras hijas de México, con el corazón henchido llegamos a esta mansión sagrada y dejamos nuestros nombres como homenaje y prueba de respeto y gratitud a nuestro libertador”.³⁹ También nos permite ver la pena de la viuda Jacoba Ramírez de Magaña, quien escribe: “llorando la irreparable pérdida de mi adorado esposo, te consagro una lágrima de gratitud ¡Oh inmortal Hidalgo!, autor de la Libertad y la Independencia de la

³⁴ Éste lleva por título *Álbum de Autógrafos dedicado a Hidalgo*, 1877-1879, y es el que trabajó Alma Dorantes, quien me proporcionó los autógrafos de las mujeres signados ahí. Mariana P. de Romero, 8 de enero de 1879. Ella subrayó ese renglón.

³⁵ *Idem*, 27 de agosto de 1877.

³⁶ *Ibidem*, 13 de enero de 1879, Augusta Escobedo.

³⁷ *Álbum de Hidalgo*, 1879-1899.

³⁸ *Idem*.

³⁹ Francisca, Joaquina, Rafaela, Concepción Galindo y su madre Francisca Botello de Galindo, 10 de abril, 1880.

Patria por la que combatió hasta morir mi inolvidable esposo el Coronel Fermin Magaña”,⁴⁰ o la adorada hija del soldado muerto en defensa de la patria, que escribe “En memoria del gran Hidalgo y de mi querido padre que fue su digno súbdito, consagra estos renglones su hija”, Soledad Novoa de Font, 16 de noviembre de 1882. O la que escribió: “Hoy he tenido el grandísimo placer de pisar por primera vez la casa del venerable sacerdote Hidalgo, y aunque soy nada más una humilde mujer siento mi corazón una expansión dulcísima y amor patrio en el alma y me creo muy feliz al tener el honor de saludar en su propa avitación aunque sea su imagen”.⁴¹ Francisca Reyes, quien no quiere que la confundan, escribe: “Con el placer mas grande de haber conocido los recuerdos del sr. cura Hidalgo, firmo yo”.

Algunas conclusiones

Tan sólo una que otra firmante expresó ser maestra, como Anselma Balianera, “profesora de instrucción primaria dedica este recuerdo al inmortal Hidalgo”, y sólo una escribió claramente: “Como una joven de cortos estudios y falta de instrucción, nada puedo decirte ¡Oh! inmortal patricio, mas que con respeto visito la casa en la que se inició nuestra santa libertad. Honor y gloria sin igual Hidalgo”, lo que no está nada mal para ser tan falta de instrucción.

La naturaleza de la fuente utilizada no nos permitió saber mucho más sobre las firmantes, fuera de algunos lugares de origen, como el de las extranjeras que siempre lo pusieron. Desgraciadamente no logramos obtener informaciones ni acerca de su clase social, ni del color de su piel. Sin embargo, tanto por el análisis de la caligrafía de los firmantes del segundo álbum realizado por Alma Dorantes, como por el del último que yo revisé, sí se pudo constatar que algunas escribían con una caligrafía impecable y perfecta ortografía, mientras que otras tem-

blaban al hacerlo y casi balbuceaban, dejando una huella atiborrada de faltas de ortografía, una incluso firmó con una X. La mayoría de las firmantes lo hicieron con sus apellidos de casadas y otras muchas eran madres de familia seguras de su papel pedagógico; pero también vimos las firmas de grupos de mujeres que aparentemente iban solas, o que sus acompañantes varones no firmaban; y varias que afirmaban visitar por segunda o tercera ocasión el museo. Pudimos constatar también que a pesar de que a muchas se les dificultaba poner en palabras lo que sentían, lo lograban con sencillez, como Josefina Flores quien en 1888 escribe: “Las palabras desvirtúan los sentimientos; ojalá mi pobre pluma pudiera dejarte padre mío una frase de mi gratitud como mi alma la siente. Yo venero tu santa memoria inmortal Hidalgo.”⁴²

Evidentemente hubiéramos querido encontrar en esos álbumes posturas ideológicas más firmes, que nos hubieran permitido entender de manera más fina el trabajo llevado a cabo por la pedagogía nacional, pero sólo encontramos el autógrafo de Francisca Ochoa que utiliza un claro concepto político, sintiéndose parte de una corriente filosófica: “Hoy que he visitado este lugar y he sentido en mi corazón ideas liberales, le consagro un recuerdo de gratitud al Sr. Hidalgo.”⁴³ Sin embargo, me parece que a través de esas pequeñas dedicatorias sí se logra percibir cómo se fue desarrollando cierta educación patriótica entre el grueso de la población, hecha de amor y orgullo de pertenencia a la patria, y que ésta permeó rápidamente la identidad de muchas de estas mujeres que se sentían muy mexicanas. “¡Hidalgo! Enseñada por mis padres a amar tu memoria, vengo con mi firma a testificar este dulce sentimiento a los 10 años de mi edad” escribió la niña Rebeca Valdivia, después del pensamiento de su madre. Así lo deja ver Rosario Aguirre, el 14 de agosto de 1882: “Desde el lugar que habitas recibe noble Hidalgo el purísimo sentimiento de

⁴⁰ 12 de abril, 1880.

⁴¹ Ma. Concepción V. De Ramírez, 30 de agosto de 1881.

⁴² Josefina Flores de Leyva, 8 de junio de 1880.

⁴³ Francisca Ochoa, 9 de enero de 1884.

tierna gratitud que hacia ti se eleva de mi con razón. No sólo como Mexicana, sino como descendiente de uno de tus guerreros que no por ser humilde dejó de ser valiente.”

Aunque el lenguaje utilizado y las formas poéticas expresadas siguieran siendo parecidas a las de la práctica religiosa, la diferencia es que esta vez, la liturgia era cívica. Tal vez ellas no escribieran mucho, ni hicieran sesudas reflexiones sobre la situación del país o su historia patria; sin embargo, fueron ahí, algunas varias veces incluso y expresaron, con los medios con los que se sentían más a sus anchas, como fue la poesía, su pertenencia y su amor al país en que vivían, a través del papel de amantes y humildes hijas, sabían que su tarea como educadoras de futuros mexicanos era algo muy importante y, por lo tanto, dejaron plasmado ahí su gusto con el rol que la historia quiso darles entonces.

En fin, como contrapunto a esta pequeña búsqueda del eco de las mujeres en lo cotidiano de la historia, podríamos recuperar el trabajo que intentó, cien años después de esa gran gesta fundacional, al festejarse el primer aniversario de la Independencia, una mujer “del pueblo” llamada Concepción Ochoa de Castro, porque va en ese mismo sentido. “Inspirada por su profundo amor a la Patria y su devoción por los próceres de la Independencia”, esta mujer realizó un viaje de tres años por los pueblos y ciudades por los que se movió el cura Hidalgo para formar su árbol genealógico, juntar reliquias que hubiera dejado el gran libertador y todo tipo de material para escribir un álbum que dedicaría a la niñez. Esta señora de 57 años, de humilde origen, como la describe el presbítero don Agustín Rivera, corrector de la obra, logró esa

hazaña, “por ser robusta, de buen talento, de genio enérgico i varonil.”

De ánimo varonil también, evidentemente, era, según Luis González Obregón, esa autora, ya que sin ese rasgo masculino, no hubiera podido lograr su objetivo. Al prologar su obra, el gran don Luis no solamente reconoce lo inaudito de la empresa, “esa paciente investigación, hecha con inquebrantable y varonil constancia”, sino que se apresura a marcar sus límites “propios del sexo al que pertenece la autora”. No puede, sin embargo, contener su menosprecio hacia las demás mujeres de su tiempo, apreciación compartida por muchos de sus contemporáneos. Ya que si por su constancia varonil esa mujer se diferenciaba del común de las mujeres éstas podían dividirse en dos subgéneros, según él: “los muchos millares de prostitutas de la clase baja” o “la multitud de mujeres de la clase alta que pasan horas enteras ante el espejo sin ocuparse sino en afeites, moños i otras frivolidades, i lo que es mucho peor, en la lectura de novelas románticas, ya que la inmensa mayoría de las mujeres de la República Mexicana por falta de una competente educación no hacen nada [...]”.

Estas opiniones negativas hacia el “bello”, pero inútil, “sexo” condensan muy bien lo que dos intelectuales, un sacerdote y un historiador profesional, de comienzos del siglo XX pensaban aún de las mujeres de su época; unas mujeres que, como lo demostró nuestra fuente y aunque sus pares no lo reconocieran, leían, escribían, trabajaban, opinaban y estaban a punto de subirse al tren de la Revolución y mandar al traste muchos de los valores patriarcales que fundamentaron con tanto trabajo los hombres en el siglo XIX.

